

tu Santo? ¿Con que el Evangelio no es ya la última palabra de Dios? Pero si puede haber un nuevo dogma, puede haber dos y tres, y puede haber una nueva religión. Los librepensadores y los herejes pueden admitir eso; pero ¿y los ortodoxos? Apresurémonos á oponer á ese peligroso error la constante doctrina de la Iglesia, sólo que esa doctrina también condena el nuevo dogma. Esto es lo que va á decirnos Melchor Cano: "No se encuentra en parte alguna de la Escritura, entendida en su sentido literal, que la Virgen haya sido exenta de pecado original. No se puede decir que esa creencia nos haya sido transmitida por una tradición apostólica, porque semejantes tradiciones no nos han venido más que por los antiguos obispos y los antiguos doctores, y es indudable que los antiguos no han recibido esa tradición de los apóstoles. De consiguiente, eso no puede pertenecer á la fe," (1).

La novedad del dogma es tan evidente, que los mismos jesuitas, á pesar de todo su arte, no pudieron disfrazarla, y la echaron de audaces sosteniendo que el dogma era nuevo, y, á pesar de ello, revelado. "Se nos oponen, dice Salmerón, una multitud de doctores que son contrarios á la piadosa creencia; nosotros tenemos á nuestro favor otros tantos; todos los doctores son ahora favorables, con excepción de los dominicos." El jesuita reconoce que los antiguos estaban en contra, mientras que los modernos están en pro. No es necesario más, según Bossuet, para decir que la opinión es nueva, y, por consiguiente, no católica. Nada menos que eso, dice Salmerón: "Dios no ha dado á todos todas las cosas, á fin de que cada siglo goce de las verdades que le corresponden y que el precedente siglo ha inaugurado," (2). Nada más exacto cuando se admite que la revelación es progresiva. Pero nosotros creíamos que la revelación cristiana era inmutable; nosotros creíamos, con Vicente de Lerins y con todos los doctores católicos, que todos los dogmas databan de la Escritura, ó, por lo menos, de la tradición apostólica. Nos engañábase, pero con la Iglesia entera. Cada siglo puede tener un nuevo dogma... Eso nos viene perfectamente. Pero ¿cómo se concilia eso con la inmutabilidad de la doctrina católica?

(1) MELCHOR CANO, *Loc. theolog.*, lib. VIII, c. III, núm. 9, página 222.

(2) SALMERÓN, *Opera*, t. XIII, p. 467-468.

Quede, pues, sentado que ni los Padres de la Iglesia, ni los apóstoles, ni aun los doctores de la Edad Media, antes de Scot, conocían el dogma de la Inmaculada Concepción. Conste también, como dice Salmerón, que en la serie de los tiempos *han sido revelados nuevos misterios*. La piadosa creencia es uno de esos misterios. San Pablo la ignoraba, lo mismo que Jesucristo; pero ¿qué importa? Ha sido revelado á la Iglesia en la persona de Juan Scot. El docto teólogo Petavio confiesa que hay contrariedad completa entre las opiniones de los antiguos y las de los modernos acerca de la Concepción de la Virgen. Los antiguos creían que había sido concebida en el pecado, después un gran número de fieles adoptaron la *opinión contraria* (1). Y esa opinión contraria es la que ha sido sancionada por el papa; pero, menos sincero que Petavio, pretende que la piadosa creencia es tan antigua como la Iglesia. Eso se dice bien en una bula, como se puede decir en una pastoral todo lo que se quiera; pero cuando se trata de probar esas temerarias aserciones, comienza la dificultad y es cruel. Los apologistas no pueden abandonar la inmutabilidad de la fe sin colocarse fuera de la Iglesia, y no pueden negar que la Inmaculada Concepción es una creencia nueva. ¿Cómo salir de ese mal paso?

Gocémonos en ver las contradicciones que arruinan la autoridad de la Iglesia. Gueranger, el docto abad de Solesmes, reconocía que en el siglo XII, la idea de la Inmaculada Concepción no había entrado aún en la enseñanza oficial de la Iglesia (2). Por consiguiente, ésta estuvo doce siglos sin saber nada de ese dogma. ¡Y el papa pretende que sea revelado y tan antiguo como el cristianismo! ¡Pobres apologistas! Pues todavía Gueranger no dice toda la verdad. Oigamos á monseñor Malou, el evangelista del nuevo dogma. Comienza por decir que la piadosa creencia es una *flor espontánea* que ha hecho brotar el *sol de la verdad*, que ese dogma sale de la tradición católica como la *flor de su tallo*. Después nos enseña

(1) PETAVI, *Theolog. dogmat.*, t. VI, p. 216.

(2) DOM GUERANGER, *Memoria sobre la Inmaculada Concepción*, p. II.—DELLINGER dice lo mismo, pero retrocediendo al siglo XIV: "Después de Escoto, dice, transcurrió aún mucho tiempo, hasta que la opinión de la Inmaculada pudo penetrar en las escuelas y en la conciencia general. La corriente teológica la fué contraria todavía por mucho tiempo. El carmelita Bacon la llamaba aún una herejía inspirada por la adulación y por una devoción excesiva" (*Kirchen lexikon*, palabra *Scotus*).

que la tradición *se mostraba ya á mediados del siglo XII* (1). Hé aquí una *flor espontánea* que ha tardado no poco tiempo en brotar. Es necesario que el *sol de verdad*, que la ha hecho abrir, tenga esa fuerza. Y, en efecto, ese pretendido *sol de verdad* no es ni más ni menos que el error, la ignorancia y la superstición; el mismo San Bernardo, testigo ocular del nacimiento de la flor, es quien nos lo dice. Si la flor sale del tallo del catolicismo, fuerza es decir que la doctrina católica no es nada más que error y superstición. Pero como esa flor ha permanecido doce siglos sin salir de su tallo, ¿no será lícito creer que el tallo no es tan antiguo como se dice? Pues ni siquiera data la tradición del siglo XII; monseñor Malou, después de haber afirmado que se mostraba ya en el siglo XII, añade que la Iglesia profesa la doctrina que acaba de definir Pío IX desde hace cuatrocientos años; y más adelante esos cuatrocientos años quedan reducidos á dos siglos. Por último, el obispo de Brujas confiesa que la doctrina favorable al privilegio de María ha sido *tolerada en un principio, alentada y protegida después*, y en último lugar, *definida y proclamada* (2). ¡Hay dónde elegir, doscientos años, cuatrocientos ó setecientos! Tal vez esa *flor delicada* ha necesitado siglos para *crecer*, como los había necesitado para *brotar*, y solamente cuando ha adquirido todo su *crecimiento* es cuando ha sido admitida en el jardín botánico de Roma. Permítanos monseñor que observemos que el papa, vicario infalible de Dios, no ha mostrado una gran deferencia hacia el sol de verdad. ¡Cómo! El sol de verdad se toma el trabajo de hacer brotar una *flor espontánea*, y el papa, órgano de ese sol, se limita á *tolerar* esa flor divina como se *tolera* la mala hierba, y aun se necesita que el *sol de verdad* continúe durante siglos para hacer *germinar* su flor predilecta, antes de que su órgano infalible se digne apercibirse de su existencia. Después se pasan otros cuantos siglos. El papa quiere ya *alentar* y *proteger* á la pobre flor; pero aun se necesitan mil novecientos años para que al fin sea *clasificada* y *colocada* entre las flores divinas. ¿No podría ese sol de verdad pasarse muy bien sin un órgano tan poco inteligente, aun cuando infalible?

Monseñor Malou hace todavía otra comparación

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. XII, 242 y 21.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 37, 22 y 37.

ó que tal parece. Se suele decir la *moda del día*, porque la moda es muy caprichosa: la gustan los cambios, aun cuando alguno de ellos sea para empeorar. Pues bien, el obispo de Brujas nos enseña que la devoción á la Inmaculada Virgen María es la *devoción del día*, la *devoción de nuestro tiempo* (1). ¿Se puede decir más claramente que la piadosa creencia es una moda nueva, como la de las crinolinas? Eso es muy del gusto de nuestras mujeres, y esto no es de despreciar. Pero también hay que contar con una dama que se llama teología, la cual no es partidaria de lo nuevo, á lo que ha tenido á veces tanto horror que ha llevado á las hogueras á los que introducían novedades, después de condenarlos á las llamas del infierno. Bien se ve que la señora teología no se anda en chanzas, por lo que es muy prudente estar en buenas relaciones con ella, por lo menos cuando uno es teólogo. Además, hay un peligro en introducir novedades. Si la Iglesia cambia con la moda, las buenas almas que gustan de poseer la verdad segura é inmutable, ¿dónde la irán á buscar? ¿No es de temer que deserten de la Iglesia cuando ya no encuentren en ella ese reposo absoluto que tanto atractivo tiene para los débiles y los simples?

No sería esta la primera vez que la Iglesia ha tropezado con ese escollo. Ya la han acusado los protestantes de que fabrica nuevos dogmas. Y no ha podido negar que muchos de sus artículos de fe tenían una fecha reciente. Eso no importa, dicen sus defensores; el dogma no data del día en que se ha definido; preexiste á la definición en la Escritura y en la tradición. ¿Cómo puede existir á la vez y no existir? Nada más sencillo, se desarrolla. Monseñor Malou declara audazmente que, á excepción de un pequeño número de artículos de fe, la *santa doctrina* no ha sido enseñada al pueblo cristiano sino *poco á poco*, y se ha desarrollado como por grados en la enseñanza de la Iglesia. Decididamente ha habido mucha razón para decir que monseñor es un *nuevo evangelista*. Llega hasta convenir en que el Evangelio va modificándose siempre. "¿Y por qué, añade, no había de poder imitar la Iglesia el ejemplo de Jesucristo?," Es claro; Jesucristo ha predicado la *buen nueva*; ¿por qué la Iglesia no había de predicar una *nueva fe* y un *nuevo Evangelio*? Y continúa monseñor: "¿No es

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 256, nota.

un propósito digno de la Iglesia ese deseo de *aumentar la suma de doctrinas saludables* de que goza el pueblo fiel? *Es un derecho que no puede negársela razonablemente*. Es casi inútil añadir, con el obispo de Brujas, "que, *bajo el punto de vista práctico*, el *aumentar el tesoro de las verdades santas* es una no pequeña ventaja para la Iglesia," (1). Cuando las viejas cadenas de la superstición están gastadas, se forjan otras nuevas con el nombre de *verdades reveladas*.

La doctrina del *desenvolvimiento* tiene todavía otra ventaja: dar satisfacción á la necesidad del progreso que lleva tras sí hasta á los partidarios del dogma inmutable. Y hé ahí cómo, en manos del nuevo evangelista, el dogma inmutable se transforma en dogma progresivo. La Inmaculada Concepción es un acrecentamiento de verdad, lo cual, traducido al castellano, quiere decir que la verdad se aumenta; por consiguiente, no es en el día lo que era en tiempo de Jesucristo; hay un progreso en la doctrina. Monseñor Malou se felicita de ello, y dice "que es un atractivo real para los espíritus rectos,"; con ese atractivo espera atraer á los protestantes y librepensadores; los que no tienen la dicha de formar parte de la Iglesia serán atraídos por un símbolo en que brillan *nuevos esplendores*. Y que no se diga que se trata de una simple apariencia: "Esa es más *SUSTANCIA mostrada en el objeto de la fe*," Traduzcamos aún, y sabremos que la *sustancia de la fe se acrecienta*. El obispo de Brujas añade, para dar más fuerza á su pensamiento, "que el alma hambrienta se saciará mejor después de grandes ayunos,". Si el alma, teniendo hambre, ha tenido que ayunar más largo tiempo, sin duda es porque durante siglos no ha hallado que comer. La *piadosa creencia* no estaba aún inventada. Afortunadamente Pío IX ha suministrado ese nuevo pasto á las almas hambrientas. Llegamos á la conclusión: "Así es como el dogma nace, se desenvuelve y brilla por fin en la Iglesia," (2).

No es otro el lenguaje de los librepensadores, y nosotros nos complacemos en estar de acuerdo con un obispo. Si fuéramos católicos, nos quedaría un escrúpulo: ¿cómo conciliar el progreso del dogma con la idea de la revelación? Si el dogma es progresivo, la revelación lo es también, y el cristia-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 245, 248 y siguientes.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 403, 253.

nismo entonces no es la última palabra de Dios. A fuerza de progreso podríamos llegar á una religión que no tuviera de común con la cristiandad más que el nombre. ¿Es esa la verdad, siempre y por donde quiera la misma, cuyo órgano se envanece de ser la Iglesia? Pues no es un solo doctor, no es un solo Padre, no es sólo Vicente de Lerins ni sólo Bossuet los que proclaman esa inmutabilidad; son los concilios, órganos del Espíritu Santo. Oigamos sus declaraciones: "Hay que atenerse á *la fe de los Padres*, dice el concilio de Calcedonia; nada se puede quitar ni añadir,". El segundo concilio de Constantinopla no fué menos explícito: "Hacemos profesión de atenernos y de predicar la fe que Dios y Nuestro Señor Jesucristo han dado desde el principio á los apóstoles y que éstos han anunciado á todo el universo,". Podríamos multiplicar estas citas (1); mas ¿para qué? Que se las compare con la teoría del *desenvolvimiento*, y se convendrá que esa doctrina está en oposición abierta con los concilios. Los Santos Padres hubieran rechazado con horror la idea de un dogma que se acrecienta, la idea de que la Iglesia puede hacer lo que hizo Jesucristo y que puede añadir algo á las verdades de fe que Dios ha revelado. Eso es realmente un nuevo Evangelio, pero el Evangelio de la novedad, el Evangelio de la herejía (a).

Notemos esto. Los obispos no se atreven á confesar esa ficción del *desenvolvimiento* cuando hablan á los fieles, y aun cuando les anuncien un dogma nuevo, tal como el de la Inmaculada, sostienen siempre la antigua inmutabilidad. El golpe de audacia es maravilloso. Hay que oír al mismo obispo de Gante para poder creer, nos atreveremos á decirlo, en tanta ignorancia ó en tanta ceguera. Cuando la procesión solemne de la Inmaculada, monseñor pronunció un benedictus en el cual dijo: "En todo tiempo habéis creído con todos

(1) Véanse las citas recogidas en los *Études sur le nouveau dogme*, p. 268-270.

(a) El discreto lector se admirará de que Laurent se esfuerce tanto en censurar la evolución reciente de los católicos por la cual vienen á convenir en el progreso, no ya sólo en materias de disciplina, sino en materia de dogmas. ¿No es ese el desideratum de los librepensadores? Pues ¿por qué no aceptar a dos manos la concesión? Ya hemos notado antes de ahora que á los materialistas volterrianos les come el deseo de exagerar la intransigencia católica y las absurdas interpretaciones de la doctrina evangélica para darse el fácil placer de criticarla despiadadamente. Pero á fe que no valía la pena de escribir tanto como Laurent ha escrito sobre el dogma para venir á parar en que el principio de la religión progresiva tiene también sus inconvenientes.—(N. del T.)

los fieles cristianos que María fué concebida sin pecado original; en todo tiempo habéis alimentado el ardiente deseo de ver convertida esa *verdad* en un *dogma de vuestra fe*," (1). ¡Los buenos Ganteses qué maravillados quedarían al saber que de tiempo inmemorial, de todo tiempo, es decir, ellos y sus antepasados desde que existe Gante, habían creído en la Inmaculada Concepción! ¡Qué admirados y que lisonjeados quedarían de haber conocido esa verdad, cuando los más grandes teólogos, los mismos santos y hasta los papas la ignoraban ó la negaban! ¡Lo que tiene el ser uno de raza ortodoxa! ¡Se cree en los dogmas sin saberlo, y hasta cuando esos dogmas no existen! Pero si el obispo de Gante lisonjea á su rebaño, no adula á los Padres de la Iglesia, á los doctores y á los santos que han tratado la piadosa creencia de error y de superstición. ¡Cómo! ¿Los Ganteses han creído con todos los *cristianos fieles* que la Virgen ha sido concebida sin mancha? ¡Luego los Padres de la Iglesia que no creían en esa Concepción sin mancha no están en el número de los *fieles cristianos*! San Bernardo, á pesar de su santidad, no era un *fiel cristiano*. Santo Tomás, el ángel de la escuela, no era un *fiel cristiano*. Inocencio III, que hizo correr á torrentes la sangre de los herejes, no era un *fiel cristiano*. Todos esos ilustres personajes no sabían lo que sabían los Ganteses. ¡Oh simpleza, qué grande es tu poder!

Las increíbles palabras que acabamos de comentar fueron pronunciadas en presencia de un gran concurso de fieles y de muchos obispos; después hubo un banquete, y luego una iluminación espléndida: todo para festejar la ruina del cristianismo tradicional, porque no hay catolicismo cuando ya no hay fe inmutable. Pues los apologistas del dogma de la Inmaculada se ven forzados á confesar que la piadosa creencia fué durante largo tiempo tolerada como se tolera la Saletta; después protegida, como se protege una opinión devota, y, por último, definida como verdad revelada. A la vista de un dogma que nace en medio de las tinieblas de la Edad Media, que crece y se propaga como la mala hierba, los apologistas se agarran á la hipótesis del *desenvolvimiento*, ya inventada para otros dogmas, como á una tabla de salvación. Pero llevando hasta el extremo la teoría del *desenvolvi-*

(1) *Le Bien public*, del 24 de Mayo de 1855.

miento en interés de la *piadosa creencia*, conmueven, y ¿qué digo? arruinan la inmutabilidad de la fe, el más sólido fundamento de la Iglesia. Hé ahí el triunfo celebrado con procesiones y con luminarias. ¡Y luego el obispo de Brujas, el evangelista de un evangelio que concluye con el de Cristo, viene á decirnos que el día de la Inmaculada Concepción dará su nombre á nuestro siglo! (1). ¡Con que nuestro siglo se llamará el siglo de la Inmaculada Concepción! ¡Qué honor para el papa y para nuestra época! El siglo XVIII es el siglo de Voltaire, el siglo de las luces, el siglo que proclamó la libertad, el siglo que emancipó al espíritu humano... y el nuestro será el de una creencia que la Edad Media condenó por la boca de un santo como un error y una superstición, ¡de una creencia que es un reto al buen sentido, de una creencia basada en falsificaciones, de una creencia que debe servir para explotar la credulidad humana! No, monseñor; habéis triunfado demasiado pronto. ¡Paciencia! Cuando la reacción católica dé lugar á un movimiento contrario, los gritos de victoria se cambiarán en gemidos de angustia. La humanidad se apartará con tedio, con desprecio, de una Iglesia que, para asegurar su dominación, eleva un error y una superstición á la altura de una verdad revelada, y que para defender tan horrible abuso ha recurrido á *piadosos fraudes* y á *piadosas mentiras*.

§ III.—El milagro de la Saletta.

N.º 1.—Discurso de la Virgen.

I

¡Un milagro en pleno siglo XIX! ¡Cómo van á ser confundidos los incrédulos! ¡Cómo se va á fortalecer la verdadera religión! Y no se trata de un milagro vulgar: es la Santísima Virgen, la Madre de Dios, la que se digna descender desde lo alto de los cielos, donde está sentada al lado de Jesucristo, para convertir al mundo. ¿Qué tienen que ver los santos, ni qué valen los profetas al lado de la cuarta persona de la Trinidad? Su *lenguaje*, sus predicciones, las curas maravillosas verificadas en la santa montaña, recuerdan el lenguaje de la Es-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. VI.